(19)

POLÍTICA CULTURAL DE NICARAGUA DE 1998

Por Héctor E. Mairena

Domingo 3 de Enero de 1999 | Managua, Nicaragua

La Política Cultural de 1998

—Héctor E. Mairena—
Managua

La mejor política cultural de un gobierno es la que no existe. Los costos de ignorar tal enseñanza han sido altos. En la década de los ochenta el establecimiento del "Cúmplase" como rasgo dominante de la relación oficiosa con el gremio artístico y el intento de imponer métodos verticales dejaron heridas que aún no sanan y fracturas irreparables.

Desde antes del liberalismo clásico el arte y la cultura mostraron con creces que no pueden ser indicadas desde la burocracia como alguna vez se quiso hacer con la producción material. Hoy el nuevo Estado liberal trata a toda costa -para bien o para mal- de desprenderse de sus funciones indicativas y reducirse a ser facilitador. En general y como fundamento doctrinario, claro, porque en la naturaleza humana hay una extraña vocación de feudo que brota magnificada en el poder.

Pero el concepto de ausencia de políticas culturales no puede entenderse como el no hacer nada o como justificación para mal hacer las cosas. O bien para esconder lo que en verdad se intenta.

Tal vez más que en ninguna otra esfera, en ésta se requiere especial inteligencia y habilidad para dirigir adecuadamente la institución oficial encargada de promover el arte y la cultura nacional. No sólo porque el arte y la cultura deben erigirse por encima de los apasionamientos políticos que inexorablemente llevan siempre a la mezquindad, sino porque la promoción acertada de ellas debe contribuir a la forja y al rescate de la identidad nacional, tal sitiada en estos tiempos de globalización. También porque la intelectualidad y los artistas nicaragüenses en su mayoría saben ser exigentes y críticos, condición propia de los creadores verdaderos y derecho conseguido en virtud de la calidad mostrada.

Ciertamente es posible hablar de una crisis en el arte nacional. Y de no ser por destellos individuales o el retorno de viejas glorias, y las iniciativas de intelectuales y artistas independientes, el panorama sería menos que sombrío. Los nuevos valores no se atisban, que no es lo mismo decir que no existen. Pero el peor error es hacer mutis frente a la crisis, o más grave todavía negar su existencia.

Algo pasa en las instituciones culturales del Estado nicaragüense que

llama a preocupación y que es parte de esa crisis. Sin embargo no se siente de los artistas una reacción, sea porque han sido impelidos de participar en el debate de la situación y futuro del arte nacional -si es que hay tal debate-, sea porque están urgidos en la sobrevivencia o sencillamente porque ha dejado de importarles el destino de las instituciones, si al fin y al cabo arte y artistas hubo siempre, con o sin Ministerios o Institutos de Cultura.

Pero irreverencia no debe ocultar cegura.

Un balance de las labores del Instituto de Cultura genera resultados precarios. Con insistencia se señala como uno de los principales logros la apertura de los centros de Cultura y especialmente del Palacio de Cultura cuyas remodelaciones en verdad son fruto de las gestiones del Gobierno de la Señora Chamorro y de la cooperación extranjera.

La promoción de las artes a través de las Escuelas de Música, Teatro, Pintura y Danza, presenta resultados frágiles. El Centro Nacional de Enseñanza Artistas Pablo Antonio Cuadra en tan sólo dos años ha sufrido una alta rotación de Directores y de personal lo que ha provocado una inestabilidad que amenaza su propia existencia y lo peor es que el despido del personal docente y administrativo parece obedecer a criterios que no son precisamente la experiencia y la calificación.

El Teatro Rubén Darío está hoy más inactivo que nunca. Inactivo como centro supremo del espectáculo de las artes, no como salón de eventos sociales que se alquila a quien quiera. Las pugnas y el escamoteo que se tejen por el protagonismo que presuntamente da la dirección inmovilizan las iniciativas.

Esta práctica del INC no es casual. Obedece a una política que se está ejecutando deliberadamente. Mientras hay un abandono a la promoción efectiva de las artes y un deterioro real en la relación con el gremio artístico e incluso con los estudiantes de sus Escuelas de Arte, el INC ha concentrado su quehacer en las relaciones con los gobiernos municipales. Esto es hasta cierto punto comprensible porque el actual Director de Cultura proviene de la Oficina de Promoción de Cultura de la Alcaldía de Managua. Pero no es lo mismo el municipio que la República, la Oficina que el Instituto.

Pero aún esa publicitada promoción que tienen como eje la proyección personal utiliza métodos de cuestionable efectividad. Las denominadas autoridades de cultura deben comprender que la promoción no puede reducirse a la entrega de reconocimientos - muchos de ellos más que merecidos a personalidades que por sí mismas y de previo ya poseen abundantes méritos, otras veces también entregados de forma indiscriminada.

La eficiencia de la gestión se mide por resultados y no por expectativas o intenciones. Ciertamente hay un presupuesto escuálido que según se anuncia será aún más reducido para 1999, pero nunca la escasez de recursos debe intentar ocultar la pobreza en la imaginación y la mediocridad en los resultados. Si siempre ha sido la cultura la sacrificada en la distribución de las riquezas nacionales.

La política cultural del INC no ha dado señales de interés por unir esfuerzos con lo más destacado del arte nacional, privilegia el populismo en nombre de lo popular, como si el sesgo elitista del arte sea excluyente de su difusión y promoción. Ya Darío -tan exquisito y refinado- aceptó que indefectiblemente tendría que llegar a las masas, aunque confesaba no escribir para ellas y Shakespeare es tan popular aunque muchos dicen no entenderle. Pero la política y los planes impulsados desde las Oficinas del Palacio de Cultura asumen a la inversa las evidencias de estos grandes de la creación artística.

Sea como fuere, es necesario abrir el debate.

[Portada | Archivo | Busqueda | Escríbenos]
[Nacional | Sucesos | Variedades | Deportes | Opinion | Cultural]
El Nuevo Diario (c) 1998